

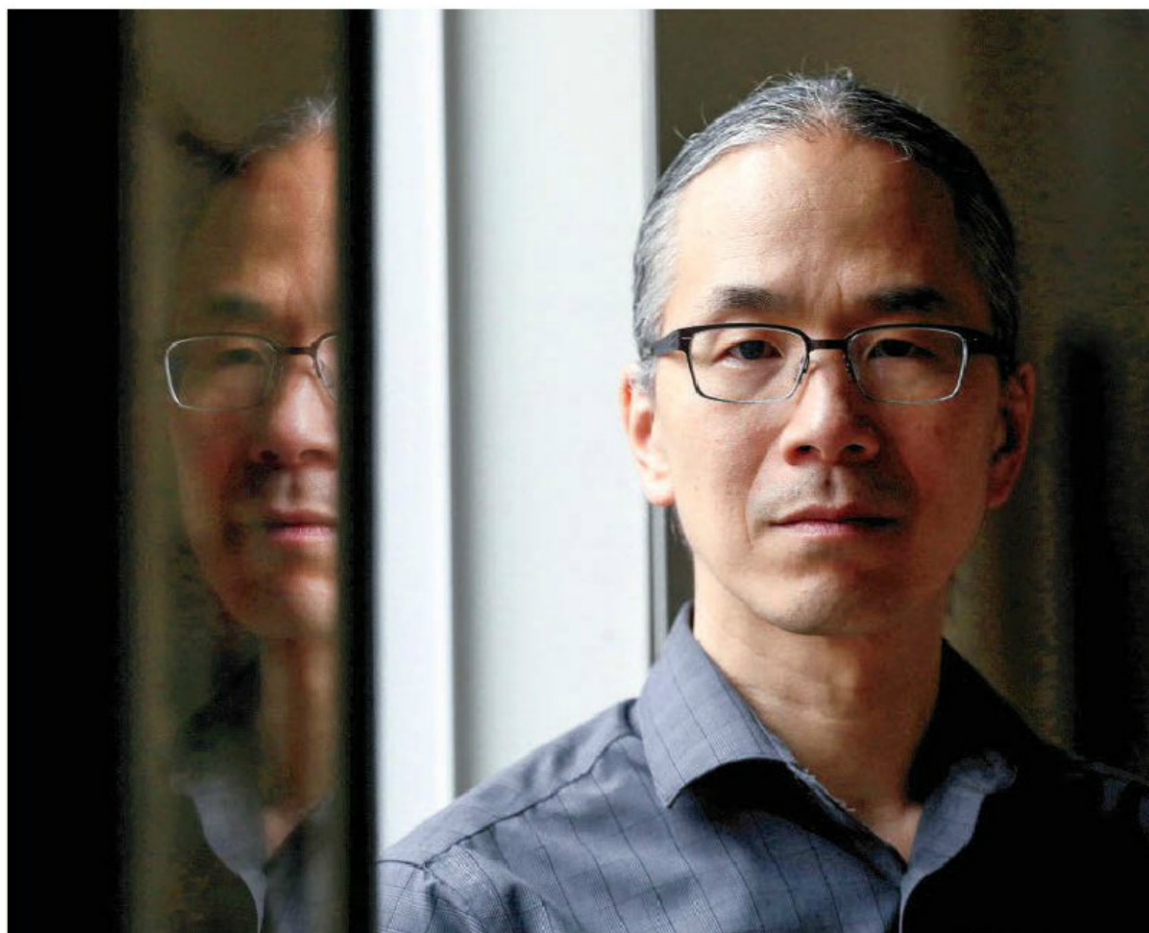
Si damos por cierto aquello que decía Marshall McLuhan de que el medio es el mensaje, me temo que habremos también de aceptar que detrás del gran reconocimiento oficial del talento de Ted Chiang (Port Jefferson, 1967) —rematado quizás por el *New York Times*, al elegir *Exhalación* como uno de los diez mejores libros del año pasado— hay algo más que un mero aplauso unánime por parte del mundo de la cultura en general y de las letras en particular. Ese algo más puede leerse en el hecho de que Chiang, tanto en Estados Unidos como en España, haya pasado de ser publicado por una editorial especializada en el género fantástico a serlo por una eminentemente literaria, lo que ha provocado un deslizamiento en la naturaleza de los numerosos lectores que ya atesoraba. Todo lo anterior no sería más que una consecuencia lógica de una evolución, de un nuevo interés creado alrededor de lo que hasta entonces

era una figura de culto, si no fuera porque los textos incluidos en *Exhalación* (salvo dos, “Ónfalo” y “La ansiedad es el vértigo de la libertad”, inéditos hasta la fecha) fueron escritos y publicados hace unos diez años en distintas colecciones misceláneas, habiendo sido a su vez galardonados con los premios literarios más prestigiosos dentro de la ciencia ficción. Pienso que hay por tanto algo de paternalismo estructural en el hecho de que desde cierto sector de la literatura se comien-

Exhalación

TED CHIANG

Traducción de Rubén Martín Giráldez. Sexto Piso. Madrid, 2020. 348 páginas. 22,50 €



ALAN-BERNER

ce ahora a “descubrir” el genio de Chiang, pues este llevaba muchos años ahí en la primera fila de un mundo al que la mayoría de los críticos, desde una posición (aceptémoslo) puramente elitista, no estaba prestando la suficiente atención. “Mundo exterior tonto”, declara un digiente en “El ciclo de vida de los elementos de software”, la espectacular *novela* de más de cien páginas que se incluye en *Exhalación*, y así deberíamos sentirnos muchos a la hora de cantar las alabanzas

de esta insólita colección de relatos, que a tantos lectores coherirá con el pie cambiado.

Confesado lo anterior, se hace justo no obstante atemperar ciertos juicios críticos y reconocer también que en los textos de Chiang las pretensiones literarias son limitadas. Habrá incluso ocasiones en las que el lector tenga la sensación de estar ante un texto de carácter ensayístico (léase “La niñera automática, patentada por Dacey”). Muy por encima de la cuestión literaria está por tan-

DESDE UN PUNTO DE VISTA ESTRICTAMENTE LITERARIO, EXHALACION QUIZÁ NO SEA UNO DE LOS LIBROS DEL AÑO PERO NO LEERÁN EN MUCHO TIEMPO NADA MÁS INTERESANTE

to la siempre brillante idea que los sostiene, motivo por el cual me atrevería a afirmar que todos estos relatos son en el fondo de tesis, de tesis de ciencia especulativa, tan cercana a la

ficción, al moverse no solo en el ámbito científico sino en el filosófico y, por qué no decirlo, también en el religioso. La destreza de Chiang como narrador lo convierte entonces en un divulgador excepcional. O quizás sea al revés: su clarividencia como divulgador científico consigue transformar todo lo que escribe en una narración prodigiosa, capaz de obrar el mayor de los milagros: hacer creer al lector que en realidad es más inteligente de lo que es, y ahí está esa pequeña obra maestra que es “El comerciante y la puerta del alquimista”, con la que se abre *Exhalación*, para demostrarlo. ¿No es acaso esa una de las pretensiones de la gran literatura?

En el por cierto muy McLuhaniano relato “La verdad del hecho, la verdad del sentimiento”, donde se fusionan dos narraciones a priori anacrónicas, una sobre el aprendizaje de una lengua ancestral y otra sobre la implantación de un *software* de memoria, ofreciendo a través de ambas una hondísima reflexión sobre el poder de la escritura y su capacidad de moldear nuestras mentes, se dice: “He contado una historia para ejemplificar la cuestión de la verdad”. Y es esa verdad la que alumbrá todos los posicionamientos, todas las paradojas fi-

sicas y éticas que Chiang expone en sus textos, cuyas complejidades hacen por otro lado palidecer a las ya vistas en seriales del tipo *Black Mirror* o filmes como *Her*, que nos sabrán ahora a cosa de niños. Las influencias estéticas de Chiang recorren claramente otros derroteros, como puede vislumbrarse en la nota final sobre los relatos, donde se menciona a Philip K. Dick, sí, pero también al lingüista y filósofo jesuita Walter Ong, al psicólogo conductista John B. Watson o a los mismísimos Monty Python como inspiradores de su imaginario único.

El apego de Chiang por contar historias a ras de suelo, por situar sus pretensiones reflexivas en el marco de una cotidianeidad conocida por todos, es uno de los muchos logros de su narrativa. Al hilo de esto, no deja de resultar llamativo que en los últimos años, y, ahora sí, desde la propia literatura, se hayan parido textos que si bien no beben directamente de su obra, comparten al menos cierto espíritu. Pienso en *Kentukis* de Samanta Schwablin o en *El clamor de los árboles* de Richard Powers, donde una de sus nueve historias, la relativa a la fabricación de un exitoso videojuego creador de mundos digitales, presenta también ecos de la ya citada “El ciclo de vida de...”, lo que confirma el indudable interés que está cobrando la ciencia ficción más literaria. Es precisamente desde un punto de vista estrictamente literario, desde donde me cuesta afirmar que *Exhalación* pueda ser uno de los mejores libros de relatos del año. A cambio puedo asegurar que no leerán en mucho tiempo nada más interesante. **FRAN G. MATUTE**

Cartas

AMEDEO MODIGLIANI

Traducción de Lucas Pastor. Elba. Barcelona, 2020. 72 páginas. 11 €

“Tenía el don de aparecer allí donde reinaban la inteligencia y el ingenio, animando cualquier reunión con su magnífica y ebria presencia”. Así comenzaba Jean Cocteau el retrato de Amedeo Modigliani (Livorno, 1884-París, 1920) que abre este epistolario, en el que también destaca cómo el pintor y escultor italiano “exageraba su embriaguez, sus gruñidos y su risa insólita para ahuyentar a los pobres infelices a los que insultaba con su desdén”. Dado que, además, “lo que de verdad importa es el artista, y su obra, en la que se concentra la singularidad soberbia de su alma”, no hay mejor manera de iniciar la lectura de este librito al que, si acaso, habría que reprochar su brevedad, pues apenas son una treintena las cartas aquí reunidas.

Las cuatro primeras están dirigidas a su amigo Oscar Ghiglia, compañero en la Scuola Libera del Nudo y tam-

bien pintor. Las escribe desde Capri y Roma en 1901 y en ellas descubrimos a un Modigliani en plena eferescencia creativa, incapaz de terminar nada aunque deseoso de “organizar y elaborar cada sensación”.

El resto se las envía a su hermano Umberto; a Paul Alexandre, su primer mecenas; a su madre, y a Léopold Zborowski, marchante, mecenas y amigo. Si a Alexandre, su corresponsal entre 1909 y 1913, le habla de sus progresos como escultor, con su madre (1913-1919) se disculpa por escribirle poco, se



MODIGLIANI EN SU ESTUDIO DE LA GRANDE-CHAUMIÈRE, MONTPARNASSE, PARÍS, 1915

interesa por los problemas de sus hermanos y le confiesa su preocupación por ser movilizado como soldado para combatir en la Primera Guerra Mundial (finalmente se libraría por problemas de salud), para darle noticias de su hija en las últimas, de 1919. Las remitidas a Zborowski, en cambio, nos descubren a un creador enfermo y angustiado por la falta de éxito y de dinero, que recurre a su mentor para que le ayude a pagar sus deudas. Son apenas bosquejos, pinceladas, que permiten acercarse a la vida de uno de los artistas más extraordinarios del siglo XX en el centenario de su muerte, un creador de “noble gracia, penetrante, esbelta y peligrosa como el cuerno de los unicornios”, como destacó también Cocteau. **MIGUEL CANO**